

Venezuela: ¿Lo tiene todo controlado Hugo Chávez?*

Ivan Briscoe
Investigador Senior, FRIDE

En Venezuela se han confiscado tierras, se ha expulsado a las empresas extranjeras y se han re-nacionalizado los servicios públicos. Sin embargo, sigue existiendo un lugar especial para Louis Vuitton. La inmaculada tienda de la firma en el centro comercial de Sambil es una de las de mayor éxito de la cadena en toda América Latina, renovando su inventario de bolsos de miles de dólares semana tras semana. Según el reticente testimonio del encargado de la tienda, que acaba de volver de París, sus clientes se dividen en “los de siempre y otros nuevos; una mezcla».

El dinero también ha llegado hasta Petare, un enorme asentamiento al Este de la ciudad, repleto de bloques de cemento, que se erige como si fuera una ciudadela bíblica en las colinas del valle de Caracas. Aquí las casas tienen nuevas cisternas azules de agua y pilares de cemento para frenar los deslizamientos de tierra; hay oftalmólogos cubanos, y programas de educación y alfabetización en marcha. Existen también tiendas de alimentos subvencionadas, comités que luchan por los derechos de propiedad de los residentes, e instalaciones deportivas para la comunidad. Pese a todo, conviene no salir de casa después de las siete de la tarde: Petare es también el escenario habitual de tiroteos motorizados y disparos erráticos protagonizados por los más jóvenes. «Antes estaba todo paralizado, ahora hay esperanza. Ahora todo se mueve», afirma Miren Eguiguren, una emigrante vasca que lucha desde hace treinta y siete años por proporcionar una educación básica y servicios sociales a las gentes del distrito a través de la Casa del Nazareno. «Nada funciona y el movimiento es total.»

Caracas, tierra de las maravillas

Muchos apuntan con sorna que Venezuela es actualmente la «tierra de las maravillas». La retórica que sale de la boca del Presidente Hugo Chávez habla de revolución, socialismo y, como él mismo declaró en una entrevista en la televisión, de una «guerra de todo el pueblo» contra las pretensiones del «imperialismo». Fuera del Palacio de Miraflores, crecen fortunas a pasos agigantados y la única guerra sangrienta que se deja ver es la que enfrenta al pueblo, pobre contra pobre.

Mientras tanto, las condenas a una dictadura que se va asentando progresivamente llegan, tanto desde el exterior (gobiernos extranjeros y organismos internacionales), como desde el interior (el nuevo movimiento estudiantil). Incluso dos meses antes de que la licencia de libertad de retransmisión de Radio Caracas Televisión (RCTV) fuera rescindida en abril de 2007, Condoleezza Rice acusaba a Chávez de «destruir a su propio país económica y políticamente». De hecho, la letanía de la concentración del poder que se viene escuchando desde las elecciones de diciembre de 2006 está siendo difícil de digerir: el voto del Congreso para otorgar dieciocho meses de «poderes especiales» al Presidente; la creación de un partido unificado en el poder

* Este artículo fue publicado por primera vez en Open Democracy (www.opendemocracy.net).

(el Partido Socialista Unido de Venezuela / PSUV), que supone la disolución efectiva de aquellos que simpatizan abiertamente con la «Revolución Bolivariana»; la idea, cada vez más popular, de una militarización total; y los ataques hacia cualquier intento de oposición. Tras haberlo acusado de estar detrás de una toma del poder «marxista - leninista», Chávez, como es habitual en él, no tuvo reparos en decirle a los obispos del país que, bien son unos «ignorantes», o bien son unos «pervertidos, mentirosos y engañadores».

Los seguidores del presidente proclaman la mayoría, cada vez superior en número, obtenida en las tres elecciones presidenciales, y su enorme e innegable popularidad en los barrios más desfavorecidos. Todos recurren a los mismos viejos axiomas y referencias históricas. Parece quedar poco lugar para el matiz o el compromiso. Para demostrar lo que afirman, sus detractores han optado por desenterrar a un nuevo «coco» ideológico, supuestamente adorado por algunos ministros chavistas: el sociólogo mexicano de origen alemán, Heinz Dieterich, cuyo «socialismo del siglo XXI» aboga por el uso de las redes informáticas para decidir quién debe hacerse con qué, dando con la tan esperada «solución matemático - conceptual del problema del valor objetivo».

Sin embargo, el frenético impasse sobre las credenciales democráticas de Chávez o el marxismo digitalizado, simple y llanamente no refleja las contradicciones que se observan en las calles de Venezuela. Al igual que el socialismo del presidente no encaja fácilmente con los hábitos de un estado rico en petróleo, la convicción de que una nueva tiranía está ganando peso deja de lado numerosas pruebas que indican que la mayor batalla del gobierno (y que posiblemente está perdiendo) es la de controlar su propio proceso. Es posible que, actualmente, Venezuela sea un Estado más o menos democrático que en sus cuarenta años de oligarquía bipartidista. Los argumentos (como subraya el informe elaborado por Coletta A Youngers en julio de 2007 para la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos, WOLA, por sus siglas en inglés) tienen un doble filo. Sin embargo, una verdad que no puede obviarse es que, sin una dirección efectiva, una revolución (ya sea de índole democrática, populista o dictatorial) se hunde igual, sino más que un programa de televisión. Y es el mismo intento de hacer que el chavismo permanezca, y la resistencia que esto genera, lo que sacará a la luz la verdadera identidad del régimen.

Dos temas pendientes

El crimen, que es la principal preocupación del 85% de los venezolanos, según una encuesta realizada en 2006, es lo que más desbarata las expectativas del gobierno. Resistiéndose a castigar a los díscolos pobres, Chávez elude el problema constantemente. De hacer algo al respecto, el modelo a seguir para una posible solución sería el del 23 de Enero, un distrito de bloques uniformes y casas en las laderas, situado al oeste de Caracas, donde una rígida organización comunitaria, que incluye a los grupos armados (entre ellos, los radicales Tupamaros), ha hecho que sea relativamente seguro caminar por las calles.

Juan Contreras ha pasado toda su vida en este distrito. Veterano de la Coordinadora Simón Bolívar, de tendencia de izquierdas y de la que surgió el grupo Tupamaro, en la actualidad dirige un periódico y una emisora de radio comunitarios desde un edificio que fue en su tiempo la central local de la policía metropolitana. «Era el culpable de todo y de nada de lo que pasaba por aquí», recuerda. «La policía venía y te llevaba a la comisaría. Luego, te daban una paliza y después de haberte pegado unas veinte veces, encendían la televisión.»

Un día, durante una visita sorpresa, encontramos a docenas de niños escuchando un concierto de música clásica en el patio adonde se solía llevar a los sospechosos locales para lidiar con

ellos; a monos encadenados jugueteando por los árboles; setenta ordenadores venidos de China, sin estrenar y con conexión de banda ancha, que esperan muertos de risa en una sala anexa a que alguien se haga cargo de ellos; no hay electricidad y el ministerio no responde al teléfono. Pero Contreras ni se inmuta. «¡Nunca antes en cuarenta años hubiéramos siquiera soñado con tener ordenadores!», recalca.

No obstante, este barrio es una excepción. Unas cincuenta personas mueren en Caracas todos los fines de semana. Los cadáveres de chicos jóvenes abarrotan las salas de los hospitales públicos: víctimas de venganzas, trifulcas entre pandilleros, «colocones» de narcóticos o pura mala suerte. Las estadísticas sugieren que, al menos, 16.000 personas mueren al año asesinadas en el país. En 2007, la tasa se ha elevado en un 15 por ciento hasta la fecha. Según un profesor local, en Petare «es más fácil comprar [armas] que un saco de harina», y la modalidad de asesinato más popular es la que lleva a cabo un adolescente que va «de paquete» en una moto que va a toda velocidad y que no tiene reparos en disparar. «Hace unas semanas, le decía a un chaval de quince años de por aquí que parecía un buen chico, que por qué tenía que meterse en esos líos», cuenta Miren Eguiguren. «Pero ya era demasiado tarde. Lo mataron de un tiro hace unos días. Era lo que se merecía. Él mismo había matado a diez personas.»

Aún está pendiente la reforma total de las 135 clases de fuerzas policiales que existen en el país, aunque es poco probable que la gente de los cerros, o barriadas de chabolas de los alrededores de Caracas, confíen alguna vez en estos agentes vinculados, durante largo tiempo, a la «limpieza social», la corrupción y el secuestro. La misma complejidad que supone reestructurar las fuerzas de seguridad del país y el sistema judicial genera, en su lugar, una inercia sistemática, jalonada, como mucho, por una purga ocasional por motivos políticos, o un soborno rápido de los tribunales, que, en muchos casos, no suele servir sino para minar la competencia judicial. Los detractores de Chávez lo acusan de simpatizar con los criminales, pero su indulgencia no llega muy lejos: los delincuentes condenados suelen acabar encerrados en uno de los sistemas carcelarios más infernales de América Latina, escasos de espacio y de alimento, donde ya van unos 250 presos que han muerto asesinados este año.

En una revolución empeñada por promover la solidaridad y la propiedad social, la ola actual de criminalidad se alza como una especie de trastorno maníaco bipolar. Algunos policías ya veteranos, dejando entrever un total desconocimiento de la etiqueta Bolivariana, ofrecen libremente su consejo sobre cómo comportarse al conducir: «No se fíe de los accidentes, ni de las distracciones, ni de la gente herida a su paso», declaró hace poco un inspector al periódico *El Universal*.

El sitio al que se encuentra sometida la ética igualitaria y cooperativa de la que hace alarde Chávez y sus ministros se aprecia con mayor claridad en la economía del país. El dinero procedente del petróleo ha llegado en grandes dosis hasta las áreas más pobres, con el que también se han construido varios puentes sobre el Orinoco, una nueva «ciudad socialista», un paso elevado hacia el aeropuerto y nueve flamantes estadios de fútbol creados para la Copa America de junio - julio de 2007. Aún así, el desembolso en tales inversiones (el gasto público ha aumentado un 60% en proporción al PIB desde 2000) ha acarreado de forma inevitable una marea inflacionaria, que el gobierno trata de encarrilar mediante el control de precios, un tipo de cambio fijo, la emisión de deuda y las nacionalizaciones. «No hay que alarmarse. No vamos a poner en marcha una nueva política económica que afecte a los intereses de los pobres», ha afirmado el ministro de finanzas, Rodrigo Cabezas.

Esta promesa, realizada inmediatamente después de la llamada del Fondo Monetario Internacional a una subida de los tipos de interés al 40%, ha de tomarse, no obstante, con cautela. En la práctica, en una economía alimentada a cuentagotas por los petrodólares, los intentos de proteger a los pobres ha hecho que aumenten considerablemente las importaciones, y especialmente, las de alimentos, desde Colombia y Brasil. El sector agrícola venezolano, esencial para el ideal de reasentamientos agrarios de Chávez, va a marcha forzada, se ve obstaculizado por los altos precios y amenazado por la absorción del Estado. En lugar de poner en marcha un sistema de fiscalidad progresiva, la carrera desesperada por mantener el poder adquisitivo ha llevado a un recorte drástico de los impuestos.

Mientras tanto, nadie pierde el tiempo y se llenan los bolsillos. Los ministros no parecen estar dispuestos a dar explicaciones sobre el destino de miles de millones de dólares en bonos extranjeros, incluidos los 4.200 millones de dólares en deuda argentina adquiridos en los dos últimos años, que se están revendiendo con discreción a los bancos locales, especialmente elegidos, al tipo de cambio oficial. Su reventa a los ciudadanos, al parecer a los tipos del mercado negro, genera unas ganancias del 100%.

La red formada por los controles económicos, los programas sociales y los acuerdos bilaterales con otros países pone en bandeja nuevas oportunidades para el enriquecimiento personal a casi todos los niveles de los círculos oficiales. Los casos citados por la prensa y los analistas abundan y son sorprendentes: el uso indebido de fondos destinados a viviendas para los más pobres, un timo de 100 millones de dólares en un acuerdo para construir fábricas en Irán, o la mala gestión de Fonden, el fondo fiduciario de los ingresos por petróleo, destinados al desarrollo social, que actualmente asciende a 15 mil millones de dólares.

Aun despojada de casi todos sus poderes, la Asamblea Nacional (Chavista de pies a cabeza) ha realizado un pequeño esfuerzo para seguirle la pista al gasto gubernamental. Sin embargo, su comisión de auditoría es objeto habitual de amenazas, y uno de sus miembros ha sido víctima de un breve caso de «secuestro exprés». «Cuando se trata de dinero extra para el ejecutivo, lo aprobamos de la noche a la mañana», dice el presidente de la comisión, Ángel Landeta. «Pero cuando se trata de controlar los ingresos, las cosas cambian.»

El festín de ingresos por corrupción, comparable en opinión de un experto con excelentes contactos gubernamentales, a la anexión por parte de los sandinistas de varias empresas estatales nicaragüenses en los años 1990 (la denominada piñata), no es una novedad en Venezuela. Es cuestionable que la situación sea peor que la vivida durante la presidencia del infame Jaime Lusinchi entre 1984-89. Pero la propia existencia de estos «chanchullos» resulta incómoda en un gobierno, cuya base electoral se asienta en el clamor por la igualdad y el respeto, y que obliga a su ejército (cuyos oficiales están a la cabeza de cientos de fondos y organismos estatales) a lanzar todos los días el nuevo grito de guerra: Patria, socialismo o muerte.

Teodoro Petkoff, editor del periódico Tal Cual y uno de los críticos más incisivos de Chávez, lo considera «el gobierno de los Hummers y los Audis». A medida que los nuevos ricos chavistas se van uniendo al viejo dinero venezolano haciendo visitas a Louis Vuitton, se va desvaneciendo el sentimiento de vergüenza de hacer gala de las propias riquezas. Con una carcajada, el antiguo jefe de la guerrilla, de 75 años, señala el número de julio de 2007 de la revista Etiqueta, que muestra en la portada a una joven vistiendo un impresionante brazalete de oro. En las páginas interiores, Petkoff llama la atención sobre un reportaje fotográfico acerca de una boda celebrada en el club de campo más exclusivo de Caracas, donde se echaron palomas blancas al vuelo, hubo fuegos artificiales y una suite VIP, donde los ilustres invitados, incluidos el ministro del interior de Chávez y su antiguo vicepresidente, se exhibaban en privado.

Sabotaje y estados paralelos

Un antiguo asesor estratégico del presidente, que pasó tres años trabajando en el Palacio de Miraflores hasta 2006, afirma que Chávez es perfectamente consciente de los excesos de sus subordinados. «Docenas de personas», dice, han sido empleadas por el presidente con la misión de controlar a sus ministerios. Pero la dinámica política de los cargos oficiales que revela sugiere que una persona, a pesar de lo mesiánica que se presente ante sus seguidores, no puede hacer que sus deseos se hagan realidad a la fuerza. «En mi experiencia, lo que Chávez promete no se cumple en la mayoría de los casos».

Elegido en 1998, tras una campaña - espectáculo, sin una estructura formal de partido que lo apoyara, Chávez ha confiado, durante mucho tiempo, en el aparato del Estado que heredó y en los líderes de los partidos políticos pre-existentes que se agruparon tras su figura. En las oficinas presidenciales, las distintas facciones se enfrentan entre sí por hacerse con las ganancias, al tiempo que hablan de una fe inquebrantable en la revolución. El resultado, según el antiguo asesor, es un «sabotaje [sistemático]. A los que realmente aspiran a cambiar el país, los echan de las esferas del poder».

Cada vez más aislado de su séquito de acólitos hambrientos, a Chávez no le cuesta admitir su propia soledad. En una reciente entrevista concedida a la agencia de noticias Associated Press, incluso parecía haber absorbido parte de la propia disonancia de su gobierno: «Mi vida no me pertenece».

La estrategia alternativa preferida del presidente, deplorada de forma ritual por sus opositores, ha sido la de saltarse todo el aparato del Estado. Así, ha surgido un universo de gobierno paralelo, estructurado, en primer lugar, alrededor de las misiones sociales, que ya ascienden a quince, y apuntando directamente a la golosa empresa petrolífera estatal Petróleos de Venezuela SA (PdVSA), donde el control presidencial es absoluto y no se tolera que nadie husmee. Todo apunta a que el siguiente paso será la creación de 25.000 «comunidades», financiadas directamente por una comisión presidencial con unos 3.000 millones de dólares al año y anulando a las autoridades municipales y regionales. El congreso se ha visto mutilado. Los partidos políticos favorables a Chávez se están agrupando en uno solo. La reserva nacional, un ejército civil formado por dos millones de personas, está relevando al ejército profesional en sus funciones públicas. En julio de 2007, el antiguo jefe de la reserva, Gustavo Rangel Briceño, se convirtió en ministro de defensa. Como consecuencia, y por primera vez en casi cinco años, a ambos lados del profundo abismo político en el que está sumida Venezuela, hay acuerdo sobre algo fundamental: el Estado no está funcionando como debería.

Poder y cismas

Sin embargo, el consenso no va más allá. Los principales ideólogos de la revolución confían en que esta maquinaria paralela, o el Estado «postmoderno», en palabras de Juan Carlos Monedero, un académico español y prominente ayuda ideológica de Chávez, acabará devorando de alguna manera la carcasa de la vieja burocracia teñida de «chanchullos». Algunos casos, como el del extraordinario éxito obtenido por el programa de salud, de iniciativa cubana, Barrio Adentro (modestas clínicas octagonales construidas en comunidades desfavorecidas), servirán de trampolín para las reformas necesarias que acabarán en una reconstrucción total de la sanidad pública. En otros, como el de la nueva imagen de la industria petrolera o las universidades bolivarianas, los críticos se rebelan contra las listas negras oficiales y la degradación de los

principios profesionales. Mientras tanto, los que tienen suficiente dinero optan por el sector privado: la mitad de las pólizas privadas de salud las contratan actualmente los funcionarios del Estado.

Las múltiples batallas desatadas sobre el poder del estado y el lugar de la revolución incidirán directamente en el futuro de la democracia venezolana. Ocupando los primeros puestos del estrellato geopolítico, la prensa extranjera suele retratar a Chávez como una persona con un ego monumental (reflejado, por ejemplo, en la apuesta para su reelección por tiempo indefinido). Sin embargo, sobre el terreno, tiene más importancia su voluntad confesa de asegurar que su proyecto político le sobreviva: «Los seres vivos son transitorios», declaró en junio. «El partido debe ser eterno, el motor revolucionario más poderoso».

Como medio para institucionalizar su credo, Chávez ha optado por una cada vez mayor concentración de poder, que se extiende a través de las «comunas» y el partido PSUV. El problema es que los efectos de su poder no dejan de disminuir: en algunas regiones, el nuevo partido, que cuenta con 5 millones de adeptos, y al que, aparentemente, se han unido todos los oportunistas del país, sobrepasa en número a las personas que votaron por Chávez en las últimas elecciones. «El presidente tiende a centralizarlo todo porque tiene la idea de que, así, puede supervisar los asuntos más directamente», dice Margarita López Maya, una historiadora social de prestigio de la Universidad Central de Caracas. «Pero una mayor centralización desemboca en una menor capacidad de control. Es una locura. Se necesita un mecanismo de control.»

Sin embargo, el código genético del chavismo es profundamente carismático. «Si hay un problema con los taxistas, éstos con quien quieren hablar es con Chávez. Si los vendedores ambulantes protestan, con quien quieren hablar es con Chávez», explica Contreras en el barrio 23 de enero. Así, instaurar una autoridad librepensadora justo entre el presidente y su pueblo no sería del agrado de nadie. Si, como consecuencia de ello, el control de Chávez sobre el poder disminuyera, no hay garantía alguna, en vista de los intereses investidos de los funcionarios del partido y del estado, de que se promoviera la participación de las comunidades inferiores; si, por el contrario, aumentara, las acusaciones de violación a la democracia también lo harían, la malversación de recursos por parte de la nueva élite venezolana continuaría, y el movimiento bolivariano encallarían lenta, pero firmemente.

Hay otros dos factores que tienen una función destacada en la evolución del gobierno. Exultantes por las victorias electorales, las piezas que conforman el chavismo empiezan a impacientarse. El movimiento siempre ha estado caracterizado por los cismas y las divisiones, pero en los últimos meses ha habido no pocas fricciones internas, que tenían, como centro, al mismo ejército del que surgió el golpista en 1992. Nadie sabe, exactamente, hasta qué punto se oponen las fuerzas armadas a Chávez, pero es evidente, y así lo reconoce él mismo, que ni su persona, ni su «guerra del pueblo» es del agrado de algunos oficiales. Uno de sus incondicionales, el general retirado Alberto Müller Rojas, declaró, hace poco tiempo, que el gobierno se encontraba en un estado «pre-anárquico» y que el presidente estaba sentado sobre un «nido de escorpiones». Por su parte, el ministro de defensa saliente, Raúl Baduel, atacó de forma encarnizada la distribución irresponsable de la riqueza en su discurso de despedida a finales de julio. No sorprende que el presidente vaya por el mundo comprando nuevas armas para sus generales.

Si la amenaza de un golpe por parte de los militares es una de las preocupaciones más inmediatas (y fue el ejército el que expulsó a Chávez del poder por un breve intervalo en 2002), existe otro punto que genera tensión y que se mueve con mayor lentitud en el cuestionable atractivo del «socialismo del siglo XXI». Una visita a cualquier asentamiento en las colinas de Caracas podría

darle a uno la impresión de que las clases más desfavorecidas apoyan la propiedad colectiva. Nada más lejos de la realidad: en las plantas bajas de las casas se abren pequeños negocios clandestinos, y los residentes del barrio 23 de Enero revisten sus casas de estuco y colocan balaustradas. Incluso Contreras, marxista de toda la vida, está dispuesto a admitir que la gente desea mejorar sus viviendas y subir en el escalafón social. «Algunos lo llaman socialismo, otros lo llaman comunismo o democracia participativa. Lo que yo garantizo es que el trabajo, la educación, la vivienda y el ocio son los medios necesarios para llevar la felicidad al pueblo. Lo llame como lo llame.»

De las encuestas de opinión llevadas a cabo en estas comunidades se desprenden conclusiones fascinantes. En lugar de aspirar a un futuro colectivista, la gente, en general, parece satisfecha con el daño infligido a las viejas élites venezolanas. En palabras de Oscar Schemel, responsable de la agencia Hinterlaces, que ha estudiado a unos 200 grupos por todo el país, la era de la «venganza social» de los pobres ha llegado a su fin. Pero aún está por ver qué viene después. «El nuevo ciudadano no es socialista, sino liberal. Se produjo una lucha de clases, pero no fue antagónica. Los pobres no querían aniquilar a los más ricos, sino que demandaban una nueva relación de clases: poder tener lo que ellos tenían, gozar de sus mismas oportunidades.»

Sin embargo, Hugo Chávez es la misma encarnación del antagonismo. A lo largo de 2006, sus misivas a George Bush y las amenazas veladas a los derechos de propiedad establecidos le sirvieron para identificar y demonizar al viejo enemigo de clase, asiduo a Miami. Las investigaciones de Schemel, únicas en Venezuela, sugieren que este enfoque puede estar haciendo aguas a causa de su propio éxito: la ansiedad en masa, las prisas para armar a los pobres y la histeria por una posible invasión por parte de Estados Unidos, alentadas por el propio Chávez, van perdiendo su relevancia en el día a día, en la medida en que el chavismo va tomando control del poder. «Hay un increíble plan de control, manipulación y propaganda en marcha», afirma Schemel, insistiendo en que el crimen y la corrupción forman una parte integrante de estos mecanismos de control. «Pero, al final, esto entrará en contradicción con la cultura democrática del país y las nuevas aspiraciones. Chávez ha dicho que ser pobre es bueno y que ser rico es malo. Un 80% de los venezolanos no está de acuerdo con esta premisa».

Aunque se dice que tiene más fuerza que nunca y que está a punto de proclamar un estado totalitario, lo cierto es que, por primera vez desde 2001, Hugo Chávez se ve obligado a hacer frente a las contradicciones de un movimiento nacido de la desesperación pública. Aferrarse fanáticamente al demonio representado por el imperialismo y la guerra del pueblo no le ha funcionado mal. La vieja oposición de la élite venezolana ha quedado completamente destruida. Sin embargo, se prevé que en algún sector del movimiento de Chávez surja, en los próximos cinco a diez años, un desafío, ya sea por medio de un partido establecido o por los intereses del estado, un golpe militar, o el descontento popular desde abajo. Es posible que no adquiera aires muy democráticos. Incluso puede que se haga con violencia. Pero en algún momento, la revolución tendrá que dejar de dar vueltas.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª – 28001 Madrid – Telf: 91 244 47 40 – Fax: 91 244 47 41 – E-mail : fride@fride.org
www.fride.org